

1

EL MENSAJERO DEL CIELO

La persistente lluvia, que durante semanas había golpeado sin piedad valles y montañas, decidió descansar por unos momentos. En el cielo, un rasgón irregular entre las nubes hizo que penetraran los tenues rayos de un mortecino sol. Elevando la mirada hacia las alturas, el chamán contempló con inquietud cómo la estrella madre estaba siendo atacada. Allá arriba, en pleno día, aparecía un astro en forma de grisáceo borrón, difuso y amenazante. El sabio anciano, que ya había observado varios signos extraños en la bóveda celeste a lo largo de sus muchos años de labor al frente de su comunidad, sabía que se trataba de un cometa. Pero esa aparición era especial. No se trataba de una simple mancha en el cielo, ni siquiera poseía una cola especialmente grande y, sin embargo, algo amenazador se dibujaba en su aspecto, semejante a una esfera difusa de un tamaño similar al que aparentaba la luna llena. Sin duda, ese mensajero del cielo venía a presagiar algo que, en su interior, no supo definir si iba a ser nefasto o dichoso. El espasmo que sufrieron sus entrañas en el mismo instante en que contempló al fantasma brumoso más allá de las nubes le indicó, siguiendo un razonamiento marcado por la tradición y las supersticiones de sus antepasados, que su mundo iba a cambiar de forma radical.

El rasgón entre las nubes se cerró repentinamente, ocultando el cometa. Una vez volvieron sus pensamientos al sinuoso terreno que pisaba, el chamán retomó su labor de guía del grupo. Un conjunto de hombres robustos y ágiles se movían entre las rocas, regresando a su hogar en el valle tras haber comerciado con gentes de tierras lejanas. Ascender a las cumbres, serpenteando entre riscos cortantes, era la única forma de mantenerse lejos de los merodeadores que asaltaban a los viajeros en las llanuras y colinas,

pero a pesar de todas las precauciones, el anciano debía guiar con esmero al disciplinado grupo, ya que nunca se podía asegurar que una partida de asaltantes no fuera a surgir de la nada para teñir de sangre la expedición.

La senda era incómoda. Aunque hacía mucho que el tiempo de los hielos había pasado, retirándose las lenguas gélidas hacia lo más alto de la cordillera, cada poco trecho aparecían neveros que cortaban el paso y obligaban a cambiar el rumbo de forma errática, a escalar una pared casi vertical sin pensarlo dos veces, a sortear con cuidado un roquedo inestable más adelante. Permanecer en las montañas era peligroso, la lluvia constante provocaba movimientos de tierra impredecibles, osos y lobos acechaban por doquier y los merodeadores no andaban lejos; cualquier indicio de la presencia del grupo que llegara a su conocimiento podría convertirse en un peligroso e inesperado ataque.

Al igual que sus compañeros, el chamán se guareció del gélido ambiente montañoso gracias a las gruesas pieles de animales que llevaba. Barbados y desaliñados, cada uno de los miembros del grupo apenas podía diferenciarse del resto en la lejanía. Cargando con los utensilios obtenidos fruto de su comercio, almacenados en el interior de grandes y pesadas bolsas de piel, la marcha se desarrollaba penosamente. De los diez intrépidos exploradores que emprendieron, como cada año, el viaje a través de las montañas, uno pereció a causa de un corte en una pierna con un afilado borde rocoso. Por mucho que se esmeró el sabio anciano en aplicar sus conocimientos sobre plantas curativas de todo tipo, nada pudo hacer por el desdichado al que, entre fiebres y terribles dolores, segó la vida una rápida infección. Descansaba ahora su cuerpo inerte en las cumbres, apenas cubierto por un pequeño montón de piedras, acompañado de una pobre ofrenda en forma de pétalos secos de flores silvestres. Un gran oso se encargó de reducir aún más el tamaño de la expedición, cuando la casualidad quiso que se cruzara su camino con el de la bestia, que en dos zarpazos terminó con la vida de dos integrantes más. La carga, más preciada para ellos que sus propias vidas, permaneció intacta. Las herramientas de piedra y bronce que habían obtenido a cambio de carne seca y pieles eran indispensables para la supervivencia de la comunidad.

Restaba apenas una jornada de viaje para llegar al valle, donde se encontrarían seguros y serían recibidos con alegría por todos. Sin embargo, para descender desde las alturas había que tomar decisiones rápidas y acelerar el paso, ya no podían protegerse entre riscos y cumbres en el escaso trecho que faltaba para dar término a su aventura. Era necesario bajar y, por tanto, pasar por campas y peñas que solían estar controladas por merodeadores. Había que hacer un alto en el camino, esperar a que el día diera paso a la noche y, ocultos en la oscuridad, descender con rapidez para alcanzar el valle antes de que regresara la luz. Los siete supervivientes y su preciado cargamento reposaron, esperando el atardecer, en lo alto de una paramera caliza donde las aguas habían excavado una pequeña pero confortable oquedad.

Cuando el sol, en su descenso hacia el inframundo, estaba a punto de alcanzar el horizonte, se abrió de nuevo el cielo. El temor a los oscuros designios divinos volvió a inundar al chamán, que contempló con pasmo cómo el cometa, que rozaba el borde del mundo, era ahora mucho más grande y aterrador. La visión apenas duró unos instantes, hasta que el velo nuboso volvió a cubrir la presencia del intruso celeste, como si sintiera vergüenza de su presencia, pero su mera existencia hizo que se aferrara con más fuerza a su rudo cayado. Los hombres, acurrucados unos junto a otros, ante la imposibilidad de encender un fuego con el que aliviar el intenso frío de la montaña, también sintieron un escalofrío que recorrió sus espinazos. Presos del miedo, agarraron con fuerza sus dagas de piedra tallada, sus arcos para flechas con puntas envenenadas o la valiosa y única espada de metal que habitaba entre ellos y que, además de su función defensiva, era venerada como reliquia de sus ancestros.

En la penumbra, debían aprovechar los minutos de luz difusa entre el día y la noche para avanzar, descendiendo con presteza por un camino que ya les era bastante conocido, pues su hogar se encontraba cada vez más cerca y transitaban por parajes que ya habían recorrido antes. Cuando llegara la oscuridad total, debían permanecer unidos e inmóviles, a la espera de la trémula iluminación solar previa a la aurora, momento en el que debían dar el último y decisivo impulso con el que terminaría su viaje. La lluvia hacía rato que se encontraba descansando, así que pudieron co-

rrer ladera abajo sin contratiempos, agrupándose en el interior de un bosquecillo cuando la noche cayó sin remedio. Era imposible dormir, si acaso podían recuperar algunas fuerzas comiendo pequeños pedazos de carne seca de venado, con los sentidos en alerta permanente ante la presencia de animales salvajes. Allá afuera, entre la maleza, habría también algún malvado merodeador esperando ensartar su lanza en una buena presa. Siendo habitantes del valle, ganaderos y pescadores, rudimentarios agricultores y recolectores de frutos que apenas comerciaban con las gentes de otros valles una vez al año, los merodeadores de la montaña eran todo un motivo de terror continuo. Poco sabían acerca de ellos, pues sus ataques eran escasos y, sin embargo, dejaban huella a causa de su ensañamiento y brutalidad. Se murmuraba en el valle que comían carne humana cruda y que vivían en cuevas entre los puertos, sin vestir pieles, llevando únicamente armas de piedra y madera, ristras de huesos de sus víctimas como trofeos y dientes mellados para parecer más fieros. No sabían si las historias sobre ellos eran ciertas, pues nadie había sobrevivido a un ataque en la montaña, pero, generación tras generación, los fieros merodeadores iban ganando en brutalidad y fealdad de aspecto en los relatos narrados frente a la lumbre.

Un último esfuerzo y el peligro habría pasado. El ánimo entre el grupo empezaba a acercarse al júbilo; volverían a sus pequeñas casas de madera y piedra, contemplarían de nuevo el gran río que daba vida al poblado y disfrutarían otra vez de la compañía de sus mujeres y vástagos, sólo un pequeño paso más y no tendrían que temer un ataque. Mirando hacia el este, donde la línea del páramo todavía no podía divisarse y la noche celeste se confundía con la oscuridad terrenal, el chamán agudizaba la vista a la espera de atisbar el primer resplandor del amanecer. Sus disciplinados compañeros apenas respiraban, esperando impacientes la señal de partida. Los sonidos de los animales nocturnos estaban dando paso a la quietud que preludia la llegada del nuevo día, y no dejaba de oírse el eterno ruido de fondo creado por el paso del viento entre las hojas de los arbustos. El sol emitió su primera y lejana señal. Brazo en alto, en silencio, el chamán se puso de pie y, sin mediar palabra, comenzó a avanzar con presteza ladera abajo. El resto de los hombres, en fila de a uno, portando cada uno varias

bolsas de piel con la carga por la que tanto habían padecido, le siguió al instante.

El hombre que cerraba la fila percibió algo extraño, un agudo silbido, pero no tuvo tiempo de pensar en ello porque cayó desplomado al ser atravesado por una gruesa lanza de madera, apenas pulida, a la que habían atado con tendones animales en su extremo un terrible pedernal afilado. No tardó mucho en caer otro hombre y luego otro. Los merodeadores llevaban días siguiéndoles los pasos y, con paciencia asesina, habían determinado que el mejor lugar y momento para atacar era precisamente aquél, cuando apenas restaban unas horas para terminar el largo periplo, en el reino donde ellos eran los amos, entre los valles y la alta montaña. Soltando su carga, el chamán y tres de sus hombres se parapetaron entre unas pequeñas crestas calizas. El resto de la expedición había caído y estaba siendo desollada en ese momento. Los merodeadores no tenían prisa, conocían el terreno y se sentían a gusto con la situación. Mientras descuartizaban a sus víctimas y se hacían con el botín, podían esperar sin premura a que los pequeños conejillos asustados en que se habían convertido sus futuros trofeos decidieran salir del escondrijo, ya fuera por un repentino ataque de valentía suicida o por hambre y sed.

El chamán recordó el paso del cometa, el rasgón en el cielo y la espectral aparición en la bóveda celeste. El nefasto presagio se había cumplido, iban a sucumbir sin remedio ante el ímpetu de los hombres salvajes. El tiempo pasaba y el sol ascendía sobre el horizonte. La línea del páramo era ahora plenamente visible, los negros nubarrones apenas dejaban penetrar los rayos solares cuando, como si se tratara de una ayuda directa desde el cielo, se abrió de repente un grandioso claro en el mosaico astral que iluminó todo el paisaje. Allí, gobernando las alturas en la luz, volvió a aparecer el borrón gris, el cometa deseaba dar una oportunidad al grupo.

No pensó, se despojó de sus pieles y saltó a campo abierto, con la espada de metal en alto, corriendo hacia sus atacantes, que desconcertados ante el baño de luz, apenas pudieron percatarse de la audacia desplegada por el chamán y sus compañeros supervivientes. La espada cercenó limpiamente la cabeza de un salvaje y el brazo de otro, las flechas y pequeñas lanzas de palo de sus com-

pañeros hicieron huir al resto de los merodeadores hacia el interior del bosque y una sensación de alivio planeó sobre el páramo.

El resultado de la desesperada ofensiva les permitió permanecer con vida, pero no indemnes. Cortes, laceraciones y diversas astillas clavadas en sus cuerpos les convertían, de nuevo, en presa fácil. Regresando al vertiginoso descenso hacia el valle, uno de los hombres sucumbió al haber perdido demasiada sangre, así que quedaron únicamente tres espantajos desastrados en pie y sin mercancía alguna. Con el hogar ya a la vista, en la lejanía, sabían que no podrían cubrir el camino restante con vida, puesto que sus heridas eran demasiado profundas, pero al menos se consolaron al saber que morirían contemplando, aun entre la tenebrosa nebrura de las nubes tormentosas, el lugar que les vio nacer. Esperando el último momento, se sentaron exhaustos en el centro de una pradera. Pasaron unos minutos de quietud, apenas interrumpidos por los lamentos causados por el dolor de las heridas y el viento cortante despertado por el amanecer. El chamán comenzó a entonar los cantos que sus maestros le habían enseñado, dedicados a la hora suprema, recordando a quienes les precedieron en el mundo ahora que tocaba abandonarlo.

Pero el destino, siempre envuelto en el capricho y el caos, había decidido convertir a aquel grupo de despojos humanos en algo completamente nuevo, nunca antes visto sobre el planeta azul. Cuando apenas podían mantenerse conscientes por culpa de la pérdida de sangre, los cielos se abrieron otra vez, aunque ahora ya no se trataba de un rasgón en el cielo que permitiera contemplar un cometa, ni siquiera fue un remedo de fagonazo solar como el que les animó a plantar cara al enemigo. Un sordo rugido, que pronto se convirtió en temblor, tronó a lo largo de todo el valle y retumbó en las montañas como la voz del creador hubo de sonar el primer día del mundo. El haz de luz que penetró entre las nubes fue cegador. Creyeron que la muerte ya les había alcanzado, se les reventaron los tímpanos, sus ojos resultaron heridos por el resplandor y el temblor casi les engulle. Todo sucedió en unos segundos. El cielo volvió a cerrarse para mostrar un gran camino en el firmamento oscuro, sucio y brumoso.

Un estallido brutal terminó por hacer que perdieran el sentido; algo había explotado sobre sus cabezas y había caído en las inme-

diaciones. Ascuas rojizas descendían por doquier, la lluvia regresó, pero no caía agua sino barro rojo como la sangre, denso, caliente y brillante. El líquido rojo empapó sus heridas y penetró en el interior de sus cuerpos. De vuelta a este mundo, se retorcieron de dolor. Primero fueron las marcas de las armas, luego sus entrañas, todo les ardía; debieron de sufrir una terrible agonía para renacer, pero, al fin, la lluvia roja cesó. La nube oscura se disipó y el sol volvió a aparecer, ya crecido, para saludar a tres hombres nuevos, que habían regresado de la muerte por designio del cometa. Alzaron sus brazos, con todas sus heridas presentes, revisaron sus piernas, sus cuerpos, allí estaba la marca del combate, las ampollas causadas por el viaje, pero ya no sangraban, se sentían llenos de energía. Tras un pequeño cerro, a tiro de piedra hacia el este de donde se encontraban, yacía un pedazo de inmortalidad venido del cielo. El chamán supo entonces que el augurio del cometa se había hecho realidad, su mundo había cambiado, pero no por el triste combate contra unos infames salvajes. Ahora, ante él, tenía la llave de la que hablaban los antiguos, una estrella caída que le permitiría recorrer el mundo y los tiempos aprendiendo del libro de la naturaleza más allá de lo que cualquier ser humano hubiera podido abarcar hasta entonces.

Sólo fueron necesarias unas horas para que, asombrados, los tres elegidos por el cometa pudieran contemplar cómo las heridas se habían cerrado, no había rastro de ampollas. El ralo y canoso pelo del chamán había comenzado a recuperar su color original y a repoblarse. Todos ellos estaban regresando a su estado de plenitud: jóvenes, inmaculados y perfectos. En aquel momento, cuando no había nacido el primer imperio y la humanidad daba sus primeros pasos para conquistar las plantas y los animales, nació la hermandad que, con el paso de los siglos, tomó el nombre del cometa dador de vida: *Argos*.

LA METAMORFOSIS

Irene Abad contemplaba su figura desnuda ante un gran espejo, unido a la puerta de un armario empotrado con una grosera cinta de silicona. La imagen reflejada no mostraba nada que no hubiera visto una y mil veces, una mujer joven, menuda, hasta vulgar, con mirada soñadora y, a la vez, perdida en alguna lejana melancolía. Ella no observaba su aspecto exterior, sino que realmente veía sus entrañas cada vez que se acercaba al viejo espejo, que, si bien no era mágico como los que aparecían en los cuentos de hadas, tenía la virtud de actuar como la mejor pastilla tranquilizante para su alma atormentada.

Una eterna canción volvió a sonar dentro de su cabeza: «Eres idiota, te quejas por vicio, siempre perdida por ahí, buscando algo que no existe...» Podía tratarse de la voz de la conciencia, o de una compañera imaginaria que habitara en su interior, pero poco importaba. Cada día, sin excepción, desde hacía tanto tiempo que ya no podía recordar cómo comenzó todo, despertaba con la terrible sensación de vivir una existencia equivocada, en el lugar erróneo y haciendo todo al revés. Tenía la convicción de que a pesar de dedicar grandes esfuerzos a la búsqueda de algo que de verdad hiciera crecer de nuevo un ápice de ilusión en su interior, sólo se movía por inercia, dispersa en un mar de actividades, por lo general inútiles.

Repasó, en su ritual diario, a la mujer del espejo, sobre todo su más profundo y oscuro interior. El vacío que había anidado en sus entrañas necesitaba ser alimentado con algo, aunque nunca lograba dar con el motivo adecuado. Aquella mañana, el agujero negro de su estómago parecía más grande de lo habitual. Sola de nuevo, su último novio, por llamarlo de alguna manera, acababa de dejarla hacía unos días por medio de un mensaje corto de móvil.

Las cartas de amor y desamor habían pasado de moda hacía tiempo, las llamadas telefónicas para romper una relación, al parecer, también. La nueva moda imponía olvidarse de alguien a través de un soso y aséptico correo electrónico o de un SMS. Irene se sintió como un bicho raro, repasó mentalmente todas sus relaciones, una gran colección de fracasos con algunos elementos en común. Por lo general, había sido siempre ella la que se encargaba de dar los pasos iniciales de conquista. Su primer novio, rollo o amigo con derecho a roce pasó de ella al cabo de unos días y marcó su corazón para siempre.

A partir de aquello, descubrió que nunca había amado de verdad a ningún hombre. Tan sólo se acercaba a los que más lástima le podían despertar. Como si fueran animalillos de compañía enfermos, velaba por ellos y trataba de sacarlos de sus pozos personales. Un alcohólico, un ludópata, un drogadicto y, finalmente, otro alcohólico al que también le gustaba tirar el dinero en máquinas recreativas y coqueteaba con las pastillas de diseño. Sabía que se había librado de un perfecto imbécil, un indeseable, se juró no volver a caer en la misma trampa, no sentiría nuevamente pena de ningún hombre que no mereciera su más exigente respeto. Sentada en la cama, todavía con el espejo como testigo, contempló su enmarañada pelambarrera oscura y decidió que un gran cambio interior necesitaba, por fuerza, un cambio exterior. ¿Qué nueva coraza debía adoptar para mudar de vida? Debía parecer fuerte y, además, serlo. Quiso la casualidad que su último encargo de trabajo acudiera en su auxilio.

Llevaba una vida sencilla y bastante cómoda. Su único vicio reconocido y reconocible eran los libros, nada de bares, nada de discotecas ni viajes turísticos. Posiblemente esa querencia por lo sencillo y su huida del contacto social eran unas de las principales causas por las que ninguno de sus amigos o amantes aguantaba mucho a su lado. Muy aburrida, decían; demasiado rara, replicaban otros. No percibían que estaban ante alguien excepcional, un alma limpia con perpetua ansia de llenar su vida con algo diferente a lo que el resto de sus conocidos hacían a diario. Anidaba en su interior un toque de orgullo emparentado con la ingenuidad que le hacía repetir tantas veces una de sus sentencias favoritas: «El noventa y nueve por ciento de la humanidad es imbécil.» Soltaba

para sí, más tarde, que ella no estaba en absoluto convencida de pertenecer al uno por ciento restante.

Se levantó de la cama, cerró la puerta del armario empotrado y desapareció el espejo engullido por la oscuridad. Aún desnuda, recorrió la casa hasta llegar a una habitación repleta de libros, papeles, periódicos viejos y cajas con informes amarillentos, su lugar de trabajo. Compartía un pequeño piso de alquiler en el centro de Valladolid, nudo central de la vieja Castilla, con otras dos mujeres jóvenes, estudiantes italianas, que formaban una pareja inseparable y casi nunca se dejaban ver por allí. Siempre de marcha, en fiestas o viajes de todo tipo, representaban el lado opuesto de todo lo que era Irene. Como casi todas las mañanas, ellas no habían aparecido; quién sabía dónde habrían pasado la noche. El señor de la casa, sin duda alguna el rey indiscutido, era el gato de Irene. Estaba acostumbrado a sentir como propio todo el piso; pasaba muchas horas en soledad al cabo del día, pero no daba muestras de importarle. Atendía al nombre de *Salem*, bautizado a imitación de cierto gato, tan negro como él, protagonista de una serie televisiva con una bruja adolescente como protagonista. *Salem* disfrutaba viendo pasar coches y personas desde una ventana, contemplando en postura de cazador el vuelo de palomas o gorriones y, sobre todo, durmiendo junto a Irene todas las noches o, al menos, en aquellas en que no se encontraba acompañada por algunos de sus esporádicos amantes.

La oficina, tal y como conocía Irene a la habitación en que vivían libros y papeles en estado de perpetuo caos, estaba presidida por un iMac permanentemente conectado a Internet. Sólo ella podía acercarse a la bestia electrónica; sus compañeras apenas si utilizaban sus propios portátiles para jugar en alguna red social subiendo vídeos y comentando rumores con sus grupos de amistades. El ordenador de Irene, sin embargo, a pesar de reposar sobre un viejo mueble de madera entre papeles, era aséptico, limpio por fuera, y mucho más por dentro. Su disco duro, protegido por una complicada contraseña alfanumérica, era un reflejo de la mente de Irene o, por lo menos, de su parte racional y científica, separada del desastre de su mente emocional. Llevaba siglos preparando su doctorado en historia de la ciencia y, como bicho raro, espécimen digno de ese calificativo, se especializaba en historia de

la astronomía. Gracias a los artículos que varias revistas de divulgación científica e histórica le solicitaban cada mes a través de su correo electrónico podía vivir sin muchos problemas económicos mientras decidía qué hacer con su vida. Mientras se mantuviera la racha de peticiones, todo iría bien y, en su celosa autonomía, aunque no hubiera seguridad alguna de seguir siendo reclamada para escribir, se sentía a gusto. «¿Acaso hay algún trabajo seguro hoy día?», se preguntaba cada vez que contemplaba su santuario, la anciana enciclopedia de principios del siglo XX que rescató de una muerte segura antes del cierre de una librería de viejo, la bola del mundo heredada de su abuelo, así como la pila de libros y periódicos, con más de cuatro décadas a sus espaldas, también rescatados de las brumas del tiempo. Cada objeto presente en la oficina tenía mucha historia a sus espaldas y eso los convertía en joyas para Irene.

Un cambio, sí, debía cambiar su aspecto físico tanto como su forma de actuar en el mundo. Casi nunca recordaba sus sueños; al levantarse, las imágenes y los sonidos, las sensaciones nacidas en los nocturnos viajes oníricos, permanecían en su mente apenas uno o dos minutos. Para variar, esta vez quedó grabada una imagen, salvándose de la implacable acción de la máquina de borrado de sueños de la mente consciente. Una mujer, había soñado con una mujer que no era ella misma, sino otra persona y, sin embargo, se sintió dentro de su cuerpo. Reconoció al instante de quién se trataba. Era la protagonista del último artículo que estaba preparando, un encargo que debía entregar en menos de dos semanas, un breve texto a modo de semblanza de una mujer sin igual, Louise Brooks. Irene sacó a la pantalla del iMac de su letargo y abrió el último archivo que había cerrado la noche anterior. Se trataba de un documento en formato PDF procedente de la hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional de España, escaneado a partir de una vieja revista. Mientras los circuitos del ordenador se desperzaban, Irene activó la radio *online*.

Otra muestra de su rareza surgió en forma de ondas sonoras de los altavoces de la máquina. La música constituía una de sus más profundas pasiones, pero también en esto se diferenciaba de todos sus conocidos. Lo primero que sonó, de entre su lista de favoritos, fue una de las obras para cuarteto de Dmitri Shostakóvich. No era

nada extraño, dado que muchos de sus amigos eran fanáticos de la música clásica. Lo extraordinario era que su lista de músicos favoritos hubiera disgustado bastante a los puristas y, también, a los locos por el pop o el techno, porque entre Beethoven o Poulenc sonaban Depeche Mode, Pet Shop Boys o Ladytron; épocas y estilos que otras gentes considerarían contradictorios, para Irene formaban la banda sonora de su vida.

El PDF se iluminó en la amplia pantalla de veinte pulgadas en todo su esplendor. En portada, un dibujo algo torpe recordaba alguna historia olvidada de detectives a la americana, una novelilla por entregas de la que una de sus partes se encontraba encerrada en aquel número, el decimonoveno de *Por esos mundos, revista de todo y para todos*, como bien afirmaba su título. Madrid, 9 de mayo de 1926, era la fecha impresa, toda una antigüedad, representante típica de las publicaciones de entretenimiento de la época, que se alimentaban de las colaboraciones de conocidos escritores, traducciones de prensa extranjera y una laboriosa tarea de corta y pega artesanal sobre revistas francesas, inglesas o americanas. La silueta de un pistolero con un revólver humeante, sobre la que se plasmaba un primer plano de la cabeza de un hombre negro, dio la bienvenida a Irene, que inmediatamente movió el ratón para descender por las sucesivas páginas de la vetusta revista, cuya información había sido transferida desde el frágil papel hasta el no menos frágil mundo de los bits.

En el directorio donde se encontraba guardado aquel documento compartían espacio otros papeles digitalizados, revistas viejas, periódicos, una biografía de la Brooks en inglés y un montón de fotografías. Todos esos papelotes virtuales contenían más información sobre el personaje que el recién abierto, pero éste tenía un especial encanto para Irene. Pasó las páginas, sin prisa, paladeando de nuevo algunas pequeñas sorpresas impresas en la pantalla. No pudo evitar sonreír levemente al cruzarse con el boletín de suscripción a la revista: «Precios para Madrid, Provincias y Posesiones Españolas: 1 año por 25 pesetas, 6 meses por 15.» La inflación había hecho cambiar mucho los precios en menos de un siglo, aunque lo que no mostraba grandes signos de cambio era la publicidad, omnipresente, que ahora sería más visual e impactante, pero no cabía duda de que siempre había estado ahí, con su

directo ataque a la línea del deseo del cliente potencial. Algunas cosas permanecían casi igual que entonces. La página siete revitalizó su sonrisa, al aparecer en escena un viejo conocido con un anuncio casi a página completa: «Vd. quiere que su puchero sea fuerte y sabroso, ¿verdad? Esto lo obtiene Vd. con poco dinero y de la manera más sencilla, agregando antes de servir por cada litro 1 o 2 cubitos de Caldo Maggi. ¡Pruébelo una vez! El Caldo Maggi en cubitos se vende en casi todas las tiendas de ultramarinos y comestibles al precio de 10 cts. por cubito.»

Al fin, se detuvo en la página ochenta y uno. Suspiró, ahí estaba, una fotografía en blanco y negro, dañada, arrugada, pero aun así conservando la fuerza del primer día. Aparecía en ella una mujer joven sentada sobre una mesa de madera, fondo de telón negro para resaltar su profunda mirada perdida en el vacío, un rostro sereno y decidido. Pelo corto negro, muy negro, más profundo que el propio fondo del escenario. Enfundada en un recatado trajecito con falda muy larga, la modelo cruzaba las piernas, mostrando unos coquetos zapatitos blancos que reafirmaban su delgadez. Sus manos se entrelazaban a la altura de la rodilla más elevada, el detalle definitivo que hizo suspirar a Irene. Había algo sobrecogedor en la protagonista de la imagen. Tenía tal fuerza que, incluso publicada hoy día en una revista de moda, llamaría la atención por su frescura. Al pie, un pequeño texto aclaraba quién era aquella mujer:

CINELANDIA Y CINELANDESES

Sueñen las cabecitas locas... Ahí tienen a Louise Brooks, quien en menos de un año ha logrado ser una de las figuras preeminentes de la cinematografía americana. Según la prensa profesional, Louise Brooks es única en la interpretación de graciosos y ágiles «marimachos», y lo mismo triunfa caracterizada como el más intrépido jinete de las praderas que noquea al bandido feroz que se interpone en su camino.

«Cabecita loca», la expresión gustó mucho a Irene. Ella no iba por ahí buscando líos, salvo los que se ganó con la manía de intentar salvar a hombres patéticos de su infierno personal, pero se sentía igual que la mujer de la fotografía, una loca fuera del mundo, al margen de una sociedad vulgar y de lo cotidiano.

Mary Louise Brooks, hija de una talentosa pianista, llegó a este mundo en el Kansas de 1906. Desde muy pequeña fue un bicho raro, devoraba libros y disfrutaba de la música. Su existencia fue idílica hasta que con apenas nueve años fue violada reiteradamente por un vecino, a quien su madre exculpó afirmando que la niña lo había provocado. La rebeldía natural en ella explotó a partir de entonces en sus entrañas, creció recordando la marca del trauma sufrido, dando forma a un carácter nunca visto hasta entonces en actriz o bailarina alguna en todas sus actuaciones, una profunda genialidad natural fruto de la rabia interior. Su tozudez impidió que permaneciera mucho tiempo trabajando en las diversas compañías por las que pasó y, sin embargo, logró hacerse con la protección de poderosos magnates del incipiente cine norteamericano. Su naturalidad abría puertas cerradas con fuertes cerrojos de prejuicios. Ella era libre, directa, impulsiva, un demonio con espíritu angelical.

Sin apenas percatarse de ello, se convirtió en una estrella de cine, cuando la industria de las imágenes en movimiento se expandía llena de vigor y el sonido no había aparecido todavía. Cine mudo, testigo único de Brooksie, la pequeña Louise, tan frágil y menuda de aspecto como fuerte en su carácter. Vampiresa bajo la dirección de Howard Hawks, o chica víctima de abusos que huye con unos vagabundos en un tren, en cualquier papel sobresalía. Cayó en gracia a la alta sociedad, aparecía radiante en el castillo de William Randolph Hearst, de fiesta en fiesta, indomable, única. También era rara, como decían sus amistades, ya que en los descansos de los rodajes escribía un minucioso diario, o leía obras de Goethe. Llegó a la cumbre y descendió a los infiernos con suma rapidez; se negó a rodar películas sonoras, lo que firmó su expulsión del paraíso de Hollywood. Exiliada en Europa, brilló como una estrella sin igual. Adelantada a su tiempo, dio vida como ninguna mujer antes o después al mito de la vampiresa sexual, la mujer fatal, en *La Caja de Pandora*, bajo la dirección de G. W. Pabst

en 1928. La obra, que también inspiró a Alban Berg su inacabada ópera *Lulú*, la favorita de Irene Abad, partía de un texto maldito de Frank Wedekind. Un escándalo, una representación inaceptable, una interpretación pecaminosa de abierta sexualidad. Las insinuaciones lésbicas y la libertad suprema que Brooksie reflejaba en la pantalla no podían tolerarse.

Tanta naturalidad no era buena, dictaron los próceres de la censura, la persecución era inevitable. Si una mujercita rebelde era capaz de hacer temblar las estrictas normas sociales con cuatro movimientos insinuantes y un rostro alimentado por la más pura ingenuidad al mismo tiempo, el mundo estaba perdido. Louise no cedió nunca, abandonó el cine, trabajó en multitud de ocupaciones, incluso de señorita de compañía de lujo, y por mucho que fuera odiada por los magnates de los estudios que no habían logrado domarla, se convirtió en un mito sin igual, una mujer en la que Irene contempló un modelo para salir del pozo de amargura en el que ella misma había elegido vivir. Brooksie dejó este mundo a mediados de los ochenta, en soledad, como había deseado, después de lograr ser respetada como brillante cronista e historiadora de los primeros tiempos del cine.

Incontables libros, innumerables escritos y un incalculable número de amantes forjaron la figura que ahora se disponía a adoptar Irene. El peinado de Brooksie marcó un estilo inolvidable, negro azabache, como si fuera un ceñido casco abrazando la cabeza, con el flequillo recortado de forma milimétrica sobre la frente. Era hora de modificar el exterior para ganar fuerza en el interior. Irene sabía que, en comparación, no era más que un ser mediocre en un mundo de locos. No habían abusado de ella, ni había sido humillada de ninguna forma que le dejara una marca profunda, sino que había gozado de una existencia entre algodones, disfrutando de una libertad que no había empleado para nada provechoso y, aunque había visto morir a algunos amigos y conocidos, la muerte tampoco había tocado su alma muy de cerca.

Ah, pero había una palabra que no sabía pronunciar: «No.» Debía dejar de ser una marioneta de sus sentimientos empáticos hacia hombres indeseables. Se prometió a sí misma no volver a ser una esclava de sentimientos vacíos. El amor, si existía, acabaría llegando, o no, pero había que desterrar penas y lástimas sin sentido.

Adoptar la imagen de Brooksie le daría fuerza. Era hora de visitar otro de esos lugares que, junto a bares y discotecas, nunca harían negocio con gente como ella: una peluquería. De nuevo ante el espejo, cubrió su cuerpo desnudo con ropas, imitando lo que llevaba días contemplando en viejas imágenes de la indómita estrella del cine. De riguroso negro, la gente aficionada a las efímeras corrientes estilísticas hubiera dicho que se encaminaba a convertirse en una siniestra gótica. Poco importaba. En unas horas su descuido pelo renacería a imagen y semejanza de su soñada amiga de los años veinte.

Un cambio de imagen no puede moldear el carácter, pero ayuda a ver el mundo de forma un poco diferente. También sirve para que te vean, como un escaparate. Irene supo realmente que su cambio de aspecto iba por el camino correcto cuando a las doce de la mañana de aquel insulso viernes del mes de febrero de 2009, traspasó la puerta de una peluquería, regresando de nuevo a las calles del centro de Valladolid. Lo que hizo saltar en su interior un respingo de emoción fue el piropo, más bien grosero grito, que saltó sobre ella procedente de las alturas, desde un andamio donde un obrero le gritó algo casi ininteligible, aunque reconoció que había dicho algo así como «pareces una puta francesa». Misión cumplida, la nueva Irene era ahora un indomable tornado recién nacido.

De regreso a casa, saludó a *Salem* y empezó a trabajar en el artículo sobre Brooksie. Se percató de que había olvidado el móvil allí, acomodado a la vera del iMac, al ver el brillo de la pantalla avisando de que el contestador se había alimentado con los mensajes de alguien. Dos llamadas de su madre, como de costumbre, insistente ángel de la guarda que llamaba para ver cómo se encontraba su pequeña desde el lugar que viera nacer a ambas, un rincón en el mapa en las montañas de Palencia, a casi ciento cincuenta kilómetros al norte, un pueblo minero llamado Guardo. Habría tiempo para contestar a lo largo del día, sin prisa. Otro mensaje, un leve murmullo y luego un clic seco, procedía de un robot automático que realizaba llamadas sin control para una empresa operadora de telefonía ofreciendo los mejores contratos y ventajas insuperables si decidía cambiar de compañía. El último mensaje fue toda una sorpresa; tras el pitido, una voz familiar que no escuchaba desde hacía semanas regresó a su vida.

—¿No estás? Mal, muy mal. —La mujer al otro lado del teléfono se mostraba llena de vida y energía; su voz sonaba tan alegre que transmitía el deseo de disfrutar de cada instante. —Mira, a ver cuándo escuchas esto, pequeña diableja, Alfonso y yo vamos a pasar por ahí a la una o una y media y este pesado quiere ir a Wamba después de comer. ¿Te apuntas? Sí, claro que sí, no me vale una negativa.

El autómatas del contestador surgió con su cantinela, poniendo fin a la llamada para preguntar si deseaba borrar el mensaje. La máquina no pudo terminar la frase. Irene había pulsado la tecla roja para colgar e, instintivamente, había apretado a continuación la tecla de respuesta, que marcó de forma automática el número del móvil que había dejado el mensaje, aparato que pertenecía a Selene. Bajo ese nombre, con reminiscencias lunares, se escondía una de las más viejas amigas de Irene. Tenían la misma edad, apenas superada la treintena, habían estudiado en el mismo colegio e instituto y, llegadas a la universidad, a pesar de haber elegido caminos diferentes, habían seguido manteniendo un estrecho contacto. Selene acababa de casarse con Alfonso, un cincuentón que, gracias a algún secreto pacto diabólico, aparentaba en presencia contar con quince años menos de lo que su carné de identidad aseveraba. Ella trabajaba de secretaria en el ayuntamiento de Guardo; él, de médico en el centro de salud del mismo lugar. Una pareja feliz, pensó Irene, volviendo a pinchar en su estómago el agujero negro de su fracaso con los hombres. Aplacó de inmediato cualquier signo de tristeza, o puede que de envidia, recordando la imagen de Brooksie. Ahora ella había cambiado, o por lo menos intentaba hacerlo. El murmullo del teléfono cesó cuando alguien respondió al otro lado de las microondas.

—¿Sí? —Una voz tan grave no podía pertenecer a la risueña Selene. O había pillado un espantoso catarro en cuestión de minutos o el que hablaba era Alfonso.

—Hola Alfonso, ¿qué tal la luna de miel?

Lo que siguió fue una colección de cumplidos, aburridos tópicos sobre lo bien que lo habían pasado, el agradable clima de las islas Canarias y lo duro que sería volver a la rutina castellana. Finalmente, Selene tomó la palabra.

—Pequeña, ¿tienes tiempo hoy para una aventura?

—Para ti siempre hay tiempo, enana.

—Llegaremos ahí dentro de un rato. A este pesado se le ha medido en la cabeza visitar el osario de Wamba, le van esas cosas macabras. ¿Has estado alguna vez? —La comunicación saltaba entre crestas y valles de fritura digital, sin duda. Selene y Alfonso se encontraban en movimiento hablando a través del manos libres de un automóvil.

—No, he visto fotos, pero nunca he estado. —Irene buscaba entre sus recuerdos algún dato sobre Wamba, pero apenas conseguía acordarse de algún detalle leído en viejos folletos turísticos.

—¿Cómo puede ser que viviendo al lado no hayas estado nunca? ¿No te gustaban este tipo de cosas? —espetó Alfonso con sorna.

—¡Déjala en paz, pesado! —interrumpió Selene burlescamente—. Mira, necesitamos saber si hoy podríamos visitarlo. Seguro que logras dar con quien nos abra las puertas. Te llamo luego... —Antes de que Irene pudiera siquiera respirar, la comunicación se cortó.

¿A la una y media decía el mensaje? Apenas quedaban treinta minutos para esa hora, siempre con prisas. Selene no se cansaba de sorprender, siempre se presentaba sin avisar. Debía ponerse en marcha; al menos estaba vestida y reconstruida tras haber pasado por la peluquería. En un día normal, eso hubiera sido imposible, una aventura de última hora, impensable, ya que o debía estar en la facultad, o escribiendo, o en cualquier otro pesado trámite diario. Un día normal también hubiera tenido que arreglarse un poco, o bastante, partiendo de un indefinido estado informal para pasar a algo mínimamente lustroso para salir por ahí.

Llegó a la calle, perpetrada con calzado oscuro y cómodo, nada de tacones que pudieran entorpecer un paso ágil y audaz. Antes de regresar al mundo exterior había consultado varias guías de Valladolid, algunas en papel, otras virtuales, pero ninguna dejaba claro el horario de visitas del osario de Wamba. Como en otras ocasiones, Selene dejaría su automóvil, que había dormido en Madrid durante las dos semanas que los recién casados habían pasado en Canarias, en las oscuras entrañas del aparcamiento subterráneo de la plaza de España. Irene debía llegar, en menos de treinta minutos, a la Oficina de Turismo de Fuente Dorada, enterarse bien de si era posible visitar el osario y, caminando con rapidez, casi

corriendo, culminar el paseo al encuentro de sus amigos, sorteando una maraña de manzanas de edificios y malévolos semáforos. Antes de dirigirse al contenedor metálico convertido en puesto de información turística que descansaba sobre bases de hormigón en la plaza de Fuente Dorada, apresurando el paso, aprovechó para preguntar a una librería amiga suya. Pensó que así acortaría el camino, pero una vez en la librería, sólo pudo constatar que la información a su disposición era la misma que en las guías que ya había consultado, un verdadero caos de contradicciones. En el puesto de turismo, al que se accedía desplazando una molesta puerta corredera de metal, dos atentas funcionarias, al otro lado de un mostrador infestado de folletos, mapas y librillos multicolores, efectuaron una llamada telefónica a Wamba, atendiendo a la solicitud de Irene. No había nada que hacer; en invierno y entre semana no era posible visitar el osario.

Alfonso no se dio por vencido; sugirió visitar el lugar y probar suerte. Tras un pequeño paseo por las calles vallisoletanas, los tres comieron en Los Zagales, restaurante a la vera de la plaza Mayor donde ya habían disfrutado antaño. Las conversaciones sobre el mantel fueron tan insulsas como las anteriores. El nuevo y sorprendente aspecto de Irene fue el motivo principal de muchas de ellas. A las cinco, sin saber muy bien cómo, hablando sin parar de esto y aquello, circulaba el trío por las calles de la ciudad en el interior del Renault Clio de Selene, rescatado de las fauces subterráneas. En el navegador GPS, un lugar brillaba en el mapa digital como destino: Wamba.

Serpenteando por una carretera local, dejando atrás las torres y la pista del aeropuerto de Villanubla, el automóvil recorría los escasos diecinueve kilómetros que separan la capital castellana del lugar tan deseado por Alfonso. El pequeño pueblo de Wamba, aislado en el interior de los páramos vallisoletanos y los montes Torozos, había tomado su nombre de un rey goda que fue coronado en aquel mismo lugar en el año 672. El rey Recesvinto tuvo allí su villa de descanso, cuando el lugar era conocido como Gerticos. A su muerte, los nobles eligieron allí mismo a Wamba, cambiando para siempre el topónimo, único municipio español cuyo nombre comienza con la letra W.

En el interior de la iglesia de origen mozárabe que fuera más tarde dependencia de los Caballeros Hospitalarios de la Orden de San Juan, se conserva una macabra estampa, un impresionante osario en el que se guardan miles de huesos de esqueletos humanos colocados allí durante siglos. El trío aventurero no pudo, por mucho que lo intentó, acceder a la iglesia. Aparcado el Renault frente al templo, el plomizo atardecer, amenazando lluvia, no invitaba a pasear y nadie caminaba por las calles desiertas del pueblo. Preguntaron en la farmacia, cuya pintoresca entrada enfocada hacia la iglesia debía franquearse abriendo una gruesa puerta de madera con dos hojas horizontales. Consultaron en el dispensario del médico, pero sacaron poco en claro. Volviendo al coche, cruzó frente a ellos, en medio del empedrado de la plaza, una mujer de mediana edad que llevaba de la mano a un niño con uniforme escolar. Decidieron realizar la misma pregunta otra vez.

—Una pena —comentó en voz baja la mujer—. Sólo el cura tiene la llave, pero no vive aquí. La única forma de visitar el osario en estas fechas es aguardar a que termine la misa de los domingos. Algunos veranos, un voluntario se ocupa de tenerlo abierto más tiempo. —Con cara de disgusto empezó a caminar, alejándose del decepcionado grupo, pero antes de desaparecer entre las callejuelas del pueblo se volvió hacia ellos—. Lástima, sabemos que es penoso, viene mucha gente que quiere ver lo mejor que tenemos y nos sabe mal decir que no se puede. —Agachó la cabeza, se volvió y retomó su camino mientras el niño caminaba colgándose del brazo de ella, mirando hacia atrás con curiosidad.

—Habrà que dejarlo —se quejó Alfonso.

—Qué remedio. Si no se puede entrar, daremos por concluida la aventura antes de empezar —asintió Irene.

—¡Nada de quejas! Bajemos a Valladolid a tomar algo, ya volveremos en verano —gritó Selene mientras orientaba hacia el coche un mando infrarrojo a modo de llavero con el que los seguros de las puertas se abrieron con obediencia.

Ya en la ciudad, iluminada por las luces nocturnas y los faros de los automóviles, a punto de regresar la feliz pareja a su norteño hogar, acercaron a Irene a casa cuando, como un chispazo mental, Selene recordó algo que había quedado enterrado entre decenas de capas nupciales en el fondo de su memoria desde hacía más de

un mes y que regresaba ahora a su cerebro consciente, por alguna ignota razón, gracias al fiasco del viaje al misterioso osario de Wamba.

—¿Sigues loca por los papeles viejos, los mapas y cosas así?
—Guiñó el ojo a Irene y se la quedó mirando fijamente, esperando una respuesta.

—Pues claro. El día que te diga que no, o me estaré muriendo, o estaré enferma, o no seré yo.

—Vale, sabía lo que ibas a decir. —Adoptando un aire de misterio, pronunció las palabras que cerraron tan agitado día—: Cuando terminamos de ordenar los archivos del ayuntamiento, para alegría de mi espalda, antes de irme de vacaciones con este pedazo de pan —sonrió hacia Alfonso, que se encontraba acomodado en su puesto de copiloto—, encontramos un montón de papeles viejos que no habíamos visto antes. Estaban encerrados dentro de una caja de madera muy vieja. Algunos son ilegibles, pero otros tienen buena pinta. Uno parece un mapa, o algo así. Es como de papel, pero cuando lo tocas, recuerda al tacto del cuero, tiene muchas anotaciones borrosas y mil colores. Es una preciosidad. ¿Te gustaría pasar a verlo un día de éstos? Te va a encantar.

No hacía falta más: un mapa misterioso, un enigma nuevo. Posiblemente no sería más que un viejo pergamino sin valor alguno, pero a Irene no le hizo falta más para empezar a pensar en una visita al archivo en el que había trabajado algunos años atrás. La invitación, sin ella sospecharlo, iba a cambiar su vida como nada antes había podido hacerlo.